

profanos y grafiteros

Fotografía: Francisco Segura / Secretaría de Cultura

Elena Garro:  
la libertad de escribir para nadie

Nora de la Cruz

AL HABLAR DE ELENA GARRO, se suele decir en algún punto que se trataba de una mujer compleja. Sin embargo, tarde o temprano se redunda: casi todos los que se ocupan de su vida o de su obra se alejan poco de los mismos términos. Realismo mágico. Feminismo. Tlatelolco. Polémica. Exilio. Delirio persecutorio. Octavio Paz. Esto se debe, posiblemente, a que la crítica y la mayoría de los académicos se han enfocado en la primera parte de su producción, la que se publicó con el apoyo del poeta, esto es, la novela *Los recuerdos del porvenir*, las obras de teatro de *Un hogar sólido* y los cuentos de *La semana de colores*. Menor atención han recibido la novela *Testimonios sobre Mariana* y la colección de relatos *Andamos huyendo*, *Lola*, aunque notable en comparación con el resto de la producción. Dichos libros fueron los más sobresalientes del conjunto publicado por intervención de Emilio Carballido en la editorial Grijalbo. En cambio, los que se editaron por mediación de Patricia Rosas Lopátegui, estudiosa y agente literaria de Garro, han sido ignorados por la crítica, y son prácticamente desconocidos para los lectores. Con toda honestidad, los muy pocos lectores de Garro, a menos que sean especializados, suelen conocer solamente los libros que contaron con el aval de Octavio Paz.

Sin embargo, y esto llama la atención, tampoco se niega la importancia de la obra de Garro, ni su gran calidad. Pero esta calidad se atribuye solamente a los textos que su esposo calificó como valiosos. Es probable que en el resto de la producción de la autora no existan textos de los alcances de *Los recuerdos del porvenir*, o de su dramaturgia, sin embargo, una valoración completa y justa de su aportación literaria tendría que incluir el resto de su narrativa que, por otra parte, tampoco es

menor como ciertos críticos señalan. El problema, o uno de ellos, es que, en el caso de la escritora, la biografía —y el mito— distraen la atención de la obra en sí. Se ha representado a Elena Garro de mil formas, desde diversas perspectivas, casi todas extremas: la defensora de los indígenas, la víctima de un marido opresor, la reaccionaria que llevó a sus amantes a la ruina, la narcisista, la paranoica, la delatora, la frívola enfundada en abrigos de piel, la anciana rodeada de gatos. Pero nunca la escritora. Acaso la loca genial que de vez en cuando creaba una obra magna, pero luego se perdía en la dispersión.

Nadie duda al señalar *Los recuerdos del porvenir* como una de las grandes novelas mexicanas del siglo xx. El propio Paz la calificó como una de las creaciones más perfectas de la literatura hispanoamericana contemporánea. Pero esos mismos especialistas coinciden también en la idea de que Elena Garro escribía esporádicamente, sin disciplina y con mucha más inspiración que técnica. Emmanuel Carballo fue, probablemente, el más enfático a este respecto, al afirmar por ejemplo que “Elena tenía un baúl donde amontonaba las obras que iba escribiendo y que no se preocupaba por publicar, entonces, cuando tenía carencias de dinero, cosa muy frecuente, sacaba un libro y lo entregaba a la imprenta, pero ya no se ocupaba en corregir”;<sup>1</sup> “era muy floja, no escribía todos los días”;<sup>2</sup> “había picoteado la danza, el teatro, la literatura, la teosofía y había

<sup>1</sup> Emmanuel Carballo, “Elena Garro, la mejor escritora mexicana del siglo xx”, en *Tierra Adentro*, núm. 95, 1999, p. 4.

<sup>2</sup> Carlos Landeros, “Entrevista a Emmanuel Carballo”, en *Yo, Elena Garro*, Lumen, México, 2007, p. 183.

formado su pequeña cultura al lado de Octavio [...] no tenía una cultura hecha y derecha. Su cultura estaba pegada con alfileres”.<sup>3</sup> Además, a raíz de la gran pausa que hubo en la publicación de los libros, Carballo concluye que “aunque Elena Garro murió en 1998, para la literatura murió algún tiempo antes. Ya no escribía”.<sup>4</sup>

Visto así, parecería que para Garro la escritura fue un ejercicio ocasional más que un oficio propiamente, lo cual explicaría que sólo sus primeros escritos tuvieran calidad y el resto fuera menor, como se afirma debido al desconocimiento de una parte importante de ciertos documentos personales (diarios y correspondencia, en su mayoría) que dan cuenta, no sólo de ciertos elementos biográficos (como las condiciones en que vivieron Garro y su hija durante el exilio, o su creciente sensación de angustia y desamparo), sino también de sus impresiones como lectora y de su proceso como escritora, que era prácticamente desconocido, salvo por algunas menciones en entrevistas.

Así, las aportaciones hechas en este sentido por Lucía Melgar, Gabriela Mora y Patricia Rosas Lopátegüi, y las entrevistas realizadas principalmente en los años sesenta, muestran otra faceta de Elena Garro: la de escritora consciente del oficio, con una postura propia sobre lo literario. En las entrevistas y cartas que corresponden a sus años activos se lee su intención de afirmarse como autora, idea que fue perdiendo fuerza conforme pasó el tiempo y crecieron las dificultades.

Así, estos años son los que marcan el inicio de su carrera; la novelista se muestra confiada en sus opiniones sobre la literatura, aunque aún escéptica sobre su propia condición. Carlos Landeros le pregunta por qué no se toma más en serio como escritora, a lo que Garro responde con ironía: “no soy yo quien me debo tomar en serio, sino ustedes, mis millones de lectores”.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 173-174.

<sup>4</sup> Emmanuel Carballo, *art. cit.*, 1999, p. 4.

A pesar de esta visión, aparentemente pesimista, es en esa época cuando Garro asume con mayor rigor la tarea de escribir. En estos años produce o inicia obras que tienen como rasgo en común el uso de recursos narrativos modernos y complejos, como los puntos de vista múltiples y la metaficción, entre ellas *Reencuentro de personajes* y *Testimonios sobre Mariana*. Sin embargo, quedan pocos registros de ese proceso creativo, pues es en esa etapa también cuando Garro se enfoca, casi de tiempo completo, a defender las causas indígenas, incluso por la vía periodística, a lo que seguiría el conflicto estudiantil de 1968 y luego el largo exilio.

Durante su estancia en Estados Unidos y Europa, Garro escribe el diario que más tarde Patricia Rosas Lopátegüi editaría como “biografía autorizada”. En los años ochenta, pasado el terror inicial que las hiciera escapar de México, Elena Garro y Helena Paz comienzan a recibir visitas, particularmente en Madrid. La novelista comienza sólidas relaciones epistolares, sobre todo con estudiosas de su obra, como Gabriela Mora, o con críticos y escritores, como Emmanuel y Marco Aurelio Carballo, Emilio Carballido y Guillermo Schmidhuber, entre otros. En estos documentos constan los libros que lee, las obras en las que trabaja y los obstáculos a los que se enfrenta, además de la importancia que concede Garro a la claridad y la estructura en un texto literario, y la capacidad que le otorga de fungir como principio de orden y como ejercicio de libertad; también es relevante señalar que en ningún momento de su trayectoria la novelista dejó de cuestionar su propia obra, actitud que se intensifica hacia el final de su vida.

En la última etapa de su vida, el rigor con el que Garro escribía fue afectado por sus condiciones de vida, sumadas al desencanto producido por considerarse alienada de la vida intelectual y cultural, tanto de México como de los países en los que residió durante el exilio. A este respecto, Lucía Melgar señala que, durante los años ochenta, Garro se quejaba de no poder escribir por

falta de papel, por ejemplo, o que no publicaba por temor a que sus textos le ocasionaran problemas. En carta a Guillermo Schmidhuber, explica que “quería que la novela [*Mi hermanita Magdalena*] fuera graciosa, pero no logro darle la alegría que busco dar en ella. Tal vez se deba a la congoja económica y a la censura interior, que paraliza mi mente y mi mano”.<sup>5</sup> A Miguel Ángel Quemain le expresa la importancia que tiene la crítica en el desarrollo de la literatura, pero se lamenta de que a ella no le beneficia: “a mí me critican diciéndome que soy una paranoica como me lo han dicho siempre: otra vez Elena Garro con una novela paranoica...”.<sup>6</sup> La autora llega al límite del desencanto durante su estancia en Madrid, y no logra revertirlo a pesar de que es en esa época, a principios de los años ochenta, cuando Emilio Carballido gestiona la publicación de algunas de sus obras. Este desencanto radicaliza la idea de que no había valido la pena escribir, lo cual explicaría que las últimas novelas que produjo sean historias mucho menos complejas en el aspecto formal, en comparación con el resto de su obra, y que por ello sean calificadas como “menores” por ciertos críticos.

Garro declara en las cartas a Carballo, publicadas en *Protagonistas de la literatura mexicana*, que el único beneficio de haber escrito fue que “le permitió comer algunos días”, pero que si no hubiera tenido necesidad económica “nunca me hubiera sentado horas enteras a la máquina para escribir estupideces”; dice que su vocación real era el teatro y se refiere despectivamente a su obra, sin asumirse nunca como una escritora en toda la extensión de la palabra. Este conjunto de misivas es

particularmente revelador al respecto; en ellas, Garro se califica como fracasada, habla de su novela como “la aburrida Mariana”, minimiza su labor al decir que “escribe para nadie”, sólo para “matar el tiempo”, dice que sus manuscritos se pierden o se echan a perder porque nadie los quiere y, veladamente, señala que algunos de ellos “se publican en otros países” firmados por otros autores.<sup>7</sup>

A pesar de esta visión pesimista, de aparente decepción, la gran cantidad de diarios, cartas y manuscritos producidos por Elena Garro desde los años cincuenta prueban que la escritura fue una actividad permanente en su vida. Sea como ejercicio de creación, mecanismo de evasión o incluso como recurso terapéutico, la novelista lo concibió como “un acto de libertad privada”, que probablemente ayudó a paliar la angustia ocasionada por las dificultades enfrentadas por ella y su hija, pero también para expresar su postura sobre la realidad y la época que le tocó vivir, como ella misma comenta a Marco Aurelio Carballo: “hacer puramente literatura no me parece muy honrado. Desprecio ese purismo que quiere desprenderse de los hechos bajo la certidumbre de que un arte puro es posible. Yo creo que si se vive en un tiempo y están sucediendo cosas hay que meterlas en el contexto literario, de lo contrario no sirve para nada”.

Hasta este punto queda claro que Garro estaba lejos de ser una escritora incidental, impulsada a crear únicamente por fines económicos; por el contrario, era consciente de las implicaciones del oficio y de la importancia de la literatura como arte y medio de expresión, crítica y cuestionamiento. ■■■

<sup>5</sup> Guillermo Schmidhuber, “Dos cartas de Elena Garro sobre el teatro mexicano”, en *Deslinde*, núm. xx, 1993, p. 81.

<sup>6</sup> Miguel Ángel Quemain, *apud* Vicente Francisco Torres, “Elena Garro en sus novelas”, en *Tierra Adentro*, núm. 95, 1999, p. 10.

<sup>7</sup> Cfr. Emmanuel Carballo, *op. cit.*, 1994, pp. 473-497.